

ÁLVARO VALVERDE: EL PAISAJE INTERIOR

Asunción Escribano

Si hay una tendencia poética que esté cobrando auge en el panorama literario actual de nuestro país, es aquella que hace derivar la reflexión existencial de la contemplación de la naturaleza, y en ella es donde hay que encuadrar a uno de sus más reconocidos representantes, el escritor Álvaro Valverde¹. En la obra de este extremeño que no ejerce de tal de manera reivindicativa, sino que exhala su origen como quien se limita a respirar el oxígeno que le da vida y forma parte de su ser, el tono testimonial se asume desde la actitud estoica de quien reconoce la fragilidad de un mundo transitorio en la revelación de la esencia de cada instante. «La poesía de Álvaro Valverde —ha escrito Andrew P. Debicki— produce efectos emotivos en un lenguaje moderno y directo. Las escenas y descripciones naturales, y las reflexiones en primera persona que las acompañan, comunican un sentido de orden y de satisfacción que recuerdan la tradición del *locus amoenus* de la poesía neoplatónica»².

En el discurso leído el 11 de junio de 1989 en su entrada en la Real Academia de Extremadura, otro gran escritor extremeño, Santiago Castelo, afirmaba: «Extremadura ha condicionado a nuestros escritores. Y que esas condiciones de nacimiento, religión o educación han tenido un denominador común: la presencia del paisaje»³. En este sentido no es Valverde un autor que manifieste en su poesía un condicionamiento extremeño más allá de la importancia que entre sus versos cobra el paisaje y la memoria. La naturaleza en Valverde tiene, sobre todo, el rostro de lo tamizado por la propia experiencia, y por tanto no es un espacio local, sino que pasa a ser símbolo de lo universal que late en cada hombre.

Quizá por ello, este escritor incluye entre los motivos de su reflexión personal el tema de la identidad y la

autoría en la escritura. Antes que en él, este ámbito de reflexión ya ocupó páginas en las obras de quienes le antecedieron, por lo que parece ser un homenaje de quien sabe admitir las deudas en las que ha alimentado sus pensamientos. Valverde reconoce que la percepción de la separación entre el emisor y el receptor es irreal, y que aquello que leemos es tan nuestro como si lo hubiéramos escrito nosotros. Quizá ya consciente de esta certeza, Borges en su obra *Fervor en Buenos Aires* realizó aquella magistral dedicatoria «a quien leyere» en la que se disculpaba afirmando:

Si las páginas de este libro consienten algún verso feliz, perdóneme el lector la descortesía de haberlo usurpado yo, previamente. Nuestras nada poco difieren; es trivial y fortuita la circunstancia de que seas tú el lector de estos ejercicios, y yo su redactor⁴.

También Valverde asume esta circunstancia cuando escribe en su poema «El Lector» (MT), en donde reconoce: «Ya había escrito el poema que ahora leo/ en las páginas de un libro que no es mío.» Esta convicción, sobre la que se construyó toda la teoría postmoderna de la deconstrucción, sirve ahora a Valverde para cuestionar poéticamente la identidad del «yo» lector frente al «tú» escritor («me leo a mí mismo en estos versos/ que anticipadamente me escribieran»).

Pero el débito tiene una doble dirección que se desliza desde el presente hacia el pasado y, a la vez, desde el presente hacia el futuro. En este último sentido, Valverde se pregunta en su «Anotación a pie de página» (MT) «si habrá en algún futuro quien encuentre/ estas leves palabras que con lápiz/ y letra muy menuda dan constancia/ de una *conversación*.» Y concreta esta duda en sus hijos, a quienes imagina en el futuro leyendo la anotación que él realiza hoy a pie de página, y haciéndoles

sentir de nuevo su presencia. Esta percepción borgiana del desdoblamiento de la propia identidad, sea ésta en otros autores o en otro yo imaginado, también se manifiesta en la sensación de unidad que al final subyace debajo de nuestros gestos. Por ello Valverde escribe impresionado por el reverso posible y desconocido, igual y distinto al mismo tiempo, que repite los movimientos que hemos realizado en un espacio imposible: «alguien que no conozco,/ alguien, diría,/ que en realidad no existe,/ se llegará hasta aquí/ en una tarde idéntica de julio/ tras haber recorrido/ la asequible distancia que separa/ la callada ciudad de este paraje» («Una casa de campo» MT). El otro desconocido, que siempre forma parte de nosotros, nos repite en los modos de actuar y se iguala en la mirada y en la experiencia que aquélla conlleva. Alguien a quien creemos distinto y distante es quien nos escucha y nos habla; el interlocutor en el que el escritor se reconoce («Me veo en ese rostro que aquí cerca me mira» («Un rostro» EC), y sin el que no tiene sentido la palabra, poética o amiga: «Como si me leyera, atiendo al eco/ que produce mi voz (cuando conversa)/ y apagada asimila su presencia en el otro/ y con ello hace suya la amistad del encuentro» («Leyéndome a mí mismo» ADD). Valverde comparte, así, la gracia de los místicos y los contemplativos, puesto que en esa bilocación percibe la identidad que subyace a todo lo que existe. Al final, concluye el escritor, la diferencia sólo es cuestión de nombre (Dios, color, luz, vacío, ser, verdad o belleza).

Por ello, quizá, ese reconocimiento se expresa agradecido en cierto culturalismo que se manifiesta en sus poemas, y que quiere ser más homenaje a los maestros que despliegue de un vasto conocimiento literario. En Valverde las citas a otros autores están siempre tamizadas por la propia reflexión personal. Esto es lo que ocurre, por ejemplo, en el poema «El paseo» (MT) en el que la cita inicial de Charles Tomlinson, «se tarda tanto/ en reconocer los lugares/ que habitamos», da cuerpo y estructura toda la introspección poética posterior, en la que cierta tensión metapoética no oscurece ni anula la verdad propia que se hila agradecida, al tiempo que bajo ella se escuchan a veces los murmullos tonales de otras palabras anteriores a las suyas. También aquí el poeta reconoce la voz universal bajo las voces. María Zambrano, Leopardi, Unamuno, Pimentel, Don Antonio, Walter Benjamin, Pessoa, Heráclito..., y cómo no, Calderón de la Barca, con el que se inicia el apartado-poema «Los lugares del sueño» (MT), en el que mediante el recurso a la anáfora (he soñado... soñé...) inicial en cada verso se consigue la impresión obsesiva de un mundo que se despliega extenso ante los ojos, donde borgiana o cervantianamente, todo cobija a todo dentro, pero cuya pasión al final es inútil porque, como escribe: «la olvidé al desper-

tarme». La poesía, por tanto, puede servir para mantener como sombra lo que es pasajero, aquellas realidades cuya permanencia tiene el rostro de lo efímero, como bien lo atestigua en el poema «Sao Martinho, septiembre» (MT) en el que el poeta se describe en primera persona mientras contempla cómo muere la tarde, «sentado en el jardín,/ bajo los tilos». La anécdota pasa a categoría, y el hecho aislado del momento habla de una realidad futura en la que todo aquello que creemos permanente «será una frágil sombra desprendida/ del ajado poema/ que ahora escribo».

En esa lucha que se desarrolla en el interior del hombre-poeta entre lo oscuro que habla a su razón y lo claro que lo hace a su emoción, no son pocos los momentos en los que se impone, como hemos visto, la unidad de todo. Entonces el escritor se torna un contemplativo que sabe escuchar el nombre verdadero de las cosas, y todo le dice otra verdad: «todo expresa una múltiple,/ inasible presencia,/ y el agua es más que el filtro/ de lo que fluye y pasa/ y la luz más que el velo/ que ilumina las cosas/ y el viento más que el nombre/ de una oscura noticia» («Mecánica terrestre» MT). En el poema que da título a este libro, se habla de la repetición, de la metáfora y la analogía como modos ciertos de acercar experiencias. Valverde sabe que detrás de la escritura lírica se esconde la capacidad de fundir, la conciencia de unión de todo el universo. Las figuras en la poesía de este extremeño no son un mero recurso expresivo, sino que se vuelven emblemas de lo real. Por ello afirma que «todo expresa una múltiple,/ inasible presencia» que se fragmenta para darse a conocer por cauces distintos, así «una imagen/ recuerda a una análoga/ y una sombra a la fresca/ humedad de otra estancia» («Mecánica terrestre» MT). Lo que se repite habla de lo que permanece debajo del movimiento. Por ello, Valverde se pregunta en «Día de difuntos» (MT), «¿Cómo decir lo mismo de otro modo?», y, por lo tanto, la definición exacta de lo que permanece bajo lo que avanza son los versos finales de este texto, en los que retóricamente, puesto que la pregunta lleva inserta en sí ya la respuesta, se cuestiona: «¿no son las repetidas circunstancias/ de un idéntico instante inacabable?». Por ello, quizá, el poeta ofrece su silencio como una forma de comunicación más intensa que la palabra vacía, como el reverso de un universo en el que la palabra ha perdido su sacralidad, como «aserto precario/ contra tanta palabra/ dicha en vano, consiente» («Cuento tengo» MT), para intentar reconstruir con él un mundo en el que la felicidad se asienta en lo cotidiano y está al alcance de cualquier persona: el sol, el silencio, los brotes nuevos de los árboles o la compañía que da sentido a todo. Valverde comunica así la última verdad que descubren sólo los sabios cuando escribe: «Qué poco

necesito/ hoy para ser feliz» («Mañana de domingo» MT), reflejando en ella la placidez que se contiene en el presente. La felicidad para este escritor consiste en sentirse inserto en un cosmos que irradia armonía en cada poro, «un lugar donde, a solas,/ ser simplemente, hombre» («Una meditación» ADD).

Sin embargo, en la eterna lucha entre la oscuridad y la luz no siempre le resulta fácil al hombre refugiarse en el instante. Así lo manifiesta gran parte de la poesía de Valverde en la que detrás de cada poema se esconde una pregunta: «¿Cómo cifrar la negra sombra opaca/ que hacia dentro parece proyectarse?» («Enigma» MT). La constante oposición entre la duda y la confianza, entre el día y la noche, en este escritor la encarnan el «sol del sur» o la «luz ardiéndome en los ojos» frente a la «negra sombra opaca». La luz está en el mundo, parece decir Valverde, pero es el hombre quien, con su propia oscuridad la vuelve oscura. La vida se impone con su «blancor salino», con su «oleaje», pero el ser humano no siempre es capaz de experimentar la cualidad perpetua del momento.

La luz para Valverde adquiere, de esta manera, toda la densidad y el espesor de un símbolo que alimenta la memoria. Cómo escribir sobre cualquier recuerdo y no cantar su luz. Para este escritor son los paisajes que se guardan en el pasado los que aparecen más iluminados. El poeta se recuerda desdoblado, como una figura ajena a sus sentidos, pero son éstos los que más le atan a la percepción de lo real: la vista al contemplar cómo «la luz sube del suelo y reverbera»; el olfato al percibir que «huele al barro cocido de las tejas»; el gusto, cuando «el aire se hace denso y se mastica» («Hacia 1980» MT). También el oído percibe ese sonido de lo ausente en el «silencio» que acompaña a la soledad. Tan sólo el tacto se sospecha mientras se sujeta un libro. El tiempo no es, al fin, capaz de alejar a quien ha vivido el instante con la intensidad de la propia conciencia de haberlo hecho. Pero, sin duda, el sentido que más se perfila en los versos de este extremeño es el de la vista, y lo es como expresión de un universo que reverbera ante la luz. Es ésta la que se tiñe de todos los matices posibles, y así puede ser artificial como «la luz remota de los viejos faros» («Postal del sur» S), o es luz cercada en el invernadero, donde «la luz llega astillada/ y su polvo se posa sobre los tallos secos» («En el invernadero» ADD). Es ya de atardecida «luz rojiza/ de los muros/ en ese atardecer/ sobre el palacio» («Mirador» S), o «luz de atardecida mancha todo» («Torre Tavira» S). Puede contemplarse en su

retirada, cuando «cesa la luz/ y el tiempo/ se suspende» («Agosto en el jardín» S), o cuando se percibe ya como «la luz lenta que cede su lugar a la noche» («La línea de sombra» ADD), aunque siempre deja su estela, puesto que «ni siquiera la noche hace invisible el haz/ que ilumina en lo alto» («Ciudad celeste» ADD), y «en la plaza, su círculo refleja/ una luz muy precisa» («Nocturno» EC). También en su esplendor en las azoteas cuando «es de oro» («Sidj Alí Ben Rasid, Chefchauen» S), o cuando «la luz, tan matizada, en su fulgor es viva» («El espacio único» ADD). Pero, entre todas ellas, Valverde se queda con una, y así afirma: «La luz a la que aspiro/ es blanca» («La noche sobre la lámpara» EC).

Los lugares también son espacios de comunicación con las dimensiones más profundas de la existencia. En este sentido, Valverde no es sólo un esteticista del paisaje, sino que convierte a éste en alquitara de reflexión existencial. La descripción se tiñe, entonces, de una densidad que es cifra de la emoción del autor, quien mediante ella se expresa. Por ello escribe en el poema titulado «Por mayo» (MT): «Un año más, te dices, y conservas/ la secreta esperanza/ de volver algún día/ y ver y oír y oler cuanto la vida/ dispuso para ti como consuelo». El mito del volver que hace de la vida un eterno retorno al pasado, espacio que se recrea eternamente y que nos hace percibir el cambio al que el hombre siempre se resiste, no impide a Valverde reconocer el rostro de esta



«Flor 1», 2005.

tarde «idéntica y distinta a tantas otras», en ese mayo que sigue floreciendo avisando con ello de la identidad interna de todo lo que avanza. En este contexto la memoria es el hilo vertebrador que enlaza tiempos, y todo es signo de otro tiempo, estela que recuerda que nada es perdurable, por eso aconseja a quien contempla: «Viajero que ahora pasas,/ ten presente/ que estas ruinas fueron/ andamios una vez,/ hombres silbando» («Estela» EC). Los paisajes urbanos también reflejan de manera expresiva la muerte que hay en ellos, y por ello, la naturaleza es el faro que de lejos lo ilumina todo, como el propio autor reconoce en alguno de sus textos: «Lejos de actitudes bobamente bucólicas o adánicas, la naturaleza se aferra a la poesía, o viceversa, para encontrar, acaso, un poco del sentido que el hombre es incapaz de hallar entre la desolada sordidez, entre el ruido y la furia de la ciudad moderna»⁵. El autor no puede asimilar el cambio experimentado por el mundo moderno frente a una antigua manera de existir y habitar un lugar que era, sobre todo, sagrada. Por eso dibuja una ciudad —«una ajada ciudad/ del fin de Europa»— símbolo de todas las ciudades, donde encuentra «casas ya desprovistas, desde su mismo origen,/ de memoria» («Noción de lugar» EC). Más cerca, en su ciudad natal, también halla los signos de este tipo de abandono: «En su lugar habrán de levantarse/ casas ya sin memoria» («Memoria de Placencia» ADD).

Es característica habitual de la poesía metafísica hacer de los paisajes lugares propicios para la reflexión, leer en ellos el signo de nuestra vida, su repetición o su abandono. Esto es así también en el poema «Barrio del Teso» (MT), donde los olores «de hierbas aromáticas y estiércol» reflejan la fusión de extremos y la posibilidad de deslizarse de lo que acaba hacia su comienzo, como una eterna sucesión de olas a las que subyace el grueso del mar. Detrás de lo que parece una vía muerta se esconde, con frecuencia, en Valverde la posibilidad abierta de su principio, aunque a veces el escritor no parezca encontrar en lo que le espera delante nada que le compense de lo que guarda en la memoria de otro tiempo. Es el «todo fluye» heracliano que este escritor recrea en su «Variación sobre un tema clásico» (MT), donde lo que fue es distinto ahora, y ante ello el poeta expresa su certeza: «Finjo ignorar aquello sospechado hace tiempo:/ que esa vana utopía que llamamos futuro/ rara vez nos compensa del más triste pasado». En otras ocasiones, como ya se ha visto, la solución vendrá de la mano de la renuncia a la nostalgia, cuando se perciba que «para llegar aquí fue necesario/ dejar abandonada en el camino/

cualquier nostalgia afín/ a la que el tiempo/ exige de los nombres y las fechas»... («Aceña», MT).

Hace unos años escribía Claudio Rodríguez que «la esclavitud y la libertad de la contemplación residen, entre otras cosas, en el ansia de hallar la certeza única, el nudo que ate y dé sentido a tantas imágenes rotas, tanta oscura presencia, tanta vida sin tino»⁶. Ésta es, en definitiva, la búsqueda última de Valverde: el deseo de encontrar esa certeza única de la que hablara el poeta zamorano detrás de cada cosa, y que en el escritor extremeño se encuentra anudada a la poesía como transmutación de lo sagrado, y así lo plasma cuando escribe: «Busco en vano un lugar (...) Sobre aquel territorio / levántese con palabras/ las estancias que habito» («Territorio del nómada» EC). El poeta es consciente de que existen pocos lugares donde pueda encontrarse ese refugio que otorgan las palabras. Y, quizá por ello, vuelve una y otra vez en cada libro a encontrarse con Yuste («un espacio que no es/ sino una atmósfera»⁷), donde otros, más acostumbrados al tráfigo y la gloria, supieron darse cuenta antes que él de que allí estaba la soledad y el sosiego necesarios para vivir en plenitud. Éste es su paisaje, el de su infancia y su memoria, un territorio que es fuente nutricia e índice de la gran lección que siempre está dando la vida, y que no es otra, expresada en las propias palabras de Álvaro Valverde que: «Un sentimiento semejante/ a lo que un monje podría llamar Dios;/ los pintores, color; un arquitecto, luz;/ el escultor, vacío; un filósofo, el ser/ y un poeta, tal vez,/ la verdad, la belleza» («Una casa de campo» MT).

NOTAS

¹ Estas reflexiones están realizadas a partir de sus obras: *Sur. Plasencia*, Alcantía, 2003; *Mecánica terrestre*, Barcelona, Tusquets, 2002; *Ensayando círculos*, Barcelona, Tusquets, 1995; y *A debida distancia*, Madrid, Hiperión, 1993. A lo largo del texto emplearemos las iniciales S, MC, EC y ADD, para incluir, respectivamente, cada uno de los poemas citados en su correspondiente obra.

² *Historia de la poesía española del siglo xx. Desde la modernidad hasta el presente*. Madrid, Gredos, 1997, p. 283.

³ *Paisaje y poesía*, Trujillo, Real Academia de Extremadura, 1989, p. 12.

⁴ *Obras completas I*. Barcelona, EMECÉ, 1996, p. 15.

⁵ Álvaro VALVERDE, *El lector invisible*. Badajoz, Editora Regional de Extremadura, 2001, p. 41.

⁶ *La otra palabra. Escritos en prosa*. Barcelona, Tusquets, 2004, p. 194.

⁷ «No es en lo escondido», poema inédito publicado en *Pliegos de Yuste*, nº 3 (2005: 1), p. 113.